

MI PRIMER QUIJOTE





© Eduardo Otálora Marulanda, 2020

© Ilustraciones de portada e interiores: Paola Acevedo, 2020

© Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

www.planetalector.com.co

Primera edición en Colombia: septiembre de 2020

ISBN 13: 978-958-42-9033-5

ISBN 10: 958-42-9033-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

MI PRIMER QUIJOTE

Eduardo Otálora Marulanda

ILUSTRACIONES DE **Paola Acevedo**





CAPÍTULO 1

DE CÓMO DON QUIJOTE SE ATRAVESÓ EN LA VIDA DE LOS NIÑOS DE 3^A Y, TAMBIÉN, DE LA HISTORIA QUE LA MAESTRA MILAGROS LES CONTÓ SOBRE EL LIBRO GORDO QUE SU ABUELO SE ENCONTRÓ EN TOLEDO, UNA CIUDAD DE LA MANCHA

Eran las 6:45 de la mañana. Todavía hacía frío, aunque el cielo estaba despejado y los rayos del sol pegaban con fuerza sobre los techos de los salones y sobre las cabezas de los niños. El colegio parecía un gallinero porque todos iban de un lado para otro contándose lo que hicieron en vacaciones. Era un típico primer día de clase.

En la sala de profesores, la maestra Milagros estaba sentada en una silla y sostenía entre sus manos una taza de café. Miraba por la ventana hacia el patio. Las manos le temblaban, pero no era que tuviera frío. Estaba nerviosa porque era la primera vez que iba a dar clase y eso la emocionaba mucho. Desde que era niña soñaba con ser profesora y ese día, por fin, se le cumpliría el deseo.

A las **6:55** sonó el primer timbre, el que anunciaba que en cinco minutos comenzarían las clases. Por los pasillos del colegio los niños empezaron a correr hacia sus salones. La maestra Milagros salió de la sala de profesores y vio la algarabía. Un grupo de niños de 2A pasó corriendo. Casi le tumban el café y el libro grandote que llevaba abrazado. En la portada se alcanzaba a ver a un hombre muy delgado que usaba una bacinilla en la cabeza, como si fuera un casco, y que estaba montado sobre un caballo flaco y viejo.



Frente al salón de 3A había un grupo que miraba con atención a la maestra Milagros. Eran Federico, que siempre estaba sonriendo y quitándose el pelo que se le metía en los ojos; Antía, que tenía papá alemán y por eso era la más alta del curso; Carmen, que ese año por fin se dejó suelto el pelo crespo y por eso se veía más bonita que nunca; Salvador, a quien le costaba quedarse quieto y en los descansos le daba mil vueltas al patio corriendo para quemar energía; Emilio, que estaba estrenando gafas “irrompibles” porque el año

pasado había roto tres pares, y Salomé, que tenía los ojos más negros, grandes y lindos del colegio.

La maestra Milagros llegó a donde estaban los niños y, sonriendo con mucha dulzura, les preguntó:

–¿Ustedes son de 3A?

–Sí, profe –respondió Federico.

–¿Usted es la nueva profe de Español? –preguntó emocionada Salomé.

–Sí –respondió la maestra Milagros justo cuando sonó el segundo timbre–. ¿Entramos?

Y todos entraron al salón.

La maestra Milagros dejó su café y el librote sobre el escritorio que estaba frente al tablero. Luego esperó a que todos se sentaran y se quedaran en silencio. Emilio fue el último en callarse. Estaba muy emocionado contándole a Salvador que le habían regalado de Navidad una patineta con

luces y motores. La maestra Milagros los miró con curiosidad. Entonces Emilio le dijo a Salvador:

–Después te cuento, que la profe nos está mirando.

En ese momento la maestra Milagros habló:

–Buenos días, damas y caballeros. Mi nombre es Milagros Concepción de los Ángeles Gómez y Quintanilla.

Todos en el salón se miraron sorprendidos por ese nombre tan raro.

–Es un nombre español –continuó diciendo la maestra Milagros–. Es la suma de los nombres de mis abuelas, las que viven en una región que se llama La Mancha, allá en España. Pero como es tan largo, si les parece, díganme sólo profe Milagros.

Con lo de “profe Milagros” se facilitaban las cosas, así que los niños se relajaron y la siguieron escuchando.

–¿Les gustan las historias? –preguntó ella.

Salvador fue el primero en levantar la mano y dijo:

–A mí me gusta que mis papás me lean cuentos por la noche, porque me coge el sueño rapidito y, *pum*, a dormir.

Luego levantó la mano Salomé.

–A mí me gustan los cuentos que dan en la tele los sábados por la mañana.



–A mí me encantan los cómics que tiene mi hermano –dijo Antía sin levantar la mano–. Él no me los presta, pero yo se los cojo a escondidas de la mesita de noche y me los leo.

–A mí me gusta ir a donde mi abuelo Ciro –dijo Emilio acomodándose las gafas– porque me cuenta cómo era la vida en la finca cuando él era niño.

–A mí también me gusta mucho visitar a mi abuelo, que vive en España –dijo la maestra Milagros

cogiendo el libro gordo que estaba sobre el escritorio—. Y fue él quien me regaló este libro. En unas vacaciones, cuando yo era niña como ustedes, me llevó a la biblioteca gigante que había en su casa y dijo que me regalaría un tesoro. Yo pensé que iba a sacar un cofre con joyas y esas cosas, pero lo que sacó fue un libro y me dijo: “Este libro me lo encontré hace muchísimos años en una tienda de antigüedades a la que fui con mi mamá. El señor que atendía era igualitico al de la portada, por eso pensé que era un libro sobre su vida, una biografía. Cuando me vio tan interesado en el libro, me preguntó que si yo conocía al ingenioso hidalgo, don Quijote de La Mancha. Yo le dije que no y le apreté la mano a mi mamá. Entonces me contó quién era y yo me emocioné mucho y le pedí a mi mamá que me comprara el libro. Desde esa época lo tengo. En él están todas las palabras de nuestro idioma y también, si uno tiene imaginación, todas las historias del mundo”. Yo me quedé congelada y le dije a mi abuelo que no entendía. Pero él me dijo que lo leyera, que ya iba a entender lo que me quería decir. Y yo lo leí esas vacaciones y luego lo



he leído muchas veces. Y, sí, mi abu me regaló un tesoro. ¿Ustedes también quieren tener este tesoro?

–Pero, profe –dijo Carmen preocupada–, esta es la clase de Español. ¿No nos tiene que enseñar lo de las tildes y esas cosas?

–Sí, pero lo vamos a aprender con las historias del Quijote que están en este libro –respondió la maestra Milagros–. ¿Les gusta la idea?

Y, sí, a todos les gustó.



Entonces la maestra Milagros les pidió que acomodaran los pupitres en un rincón y que se sentaran en el suelo haciendo un círculo. Ella se sentó con las piernas cruzadas, apoyó en ellas el libro, lo abrió y empezó a contar.



En un lugar de la Mancha,
de cuyo nombre el autor
no quiere acordarse, hace
tiempo vivió un hidalgo noble
y generoso que tenía su lanza,

espada y armadura olvidadas en algún rincón de la casa.

De él se dice que tenía unos cincuenta años (lo que para su época era ser casi un anciano), que era muy delgado, pero también fuerte, que le gustaba mucho madrugar y que uno de sus pasatiempos era la cacería, porque en ese tiempo todavía se practicaba.

Algunos dicen que su apellido original era Quijada, otros dicen que era Quesada, pero la mayoría coinciden en que se apellidaba Quijano. Aunque eso poco importa por ahora, pues lo que nos interesan son sus increíbles aventuras. Estas empezaron con los libros. Se cuenta que los ratos de ocio que tenía, que eran muchos, por su edad avanzada, los dedicaba a la lectura de libros de caballería. Era tan aficionado que casi olvidó que debía encargarse de los oficios de la casa y nunca volvió a salir a cazar.


Dicen que le gustaban tanto estos libros que, incluso, vendió algunas de sus tierras para comprarlos y así agrandar su biblioteca, el lugar más importante de su casa. Allí se pasaba las horas concentrado en la lectura. Como se decía en ese tiempo: “... se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio...”. Es decir, leía todo el día y toda la noche.

De tanto leer y de tan poco dormir se le “secó el cerebro”, mejor dicho, se enloqueció y se le llenó la cabeza de fantasías. A tal punto llegó su locura que empezó a creer que eran verdaderas todas esas invenciones que leía.

Entonces, se le vino a la mente el más loco pensamiento: le pareció bueno y necesario, para él y para su país, hacerse caballero andante, que en esa época significaba convertirse en un hombre que dedicaba su vida a defender la justicia y auxiliar a los más necesitados. Para lograr este objetivo,

pensó, debía irse por todo el mundo a buscar aventuras, solucionando líos y liberando reinos. Así, creyó, iba a recibir renombre y sería un caballero famoso.

Loco como estaba, se puso entonces a la tarea de limpiar las armas que habían sido de sus bisabuelos, esas que estaban por allá olvidadas. Las encontró llenas de moho y en tan mal estado que el casco se había roto y apenas cubría una parte de la cabeza.

 Pero esto no desanimó al entusiasta aspirante a caballero y, más pronto que tarde, se puso a repararlo con cartón y pegante. El casco, visto de lejos, quedó parecido a los que usaban los caballeros de los libros, aunque era seguro que no resistiría ni un suave ataque del viento. Sin embargo, esto no le importó a don Quijote y se lo ajustó bien fuerte en la cabeza, sintiendo que ya la valentía empezaba a recorrerle el cuerpo.

Después el buen hombre fue a ver su caballo, porque no hay caballero sin caballo. Lo vio bello, fuerte y rozagante, casi como el legendario Bucéfalo del emperador Alejandro Magno, o como Babieca, el mítico caballo del Cid Campeador, uno de los más renombrados caballeros. Pero, en realidad, el caballo no era más que piel y huesos. Sin embargo, viéndolo él así de hermoso, decidió llamarlo Rocinante.

Luego estuvo durante ocho días pensando el nombre que se pondría a sí mismo, porque si es importante el nombre del caballo, imagínense el del caballero. Después de mucho pensarlo y de descartar tantas opciones como libros tenía en su biblioteca, se quedó mirando las repisas por un momento y pensó: "Si voy a ser el más famoso caballero andante, me daré un nombre que le recuerde a la gente el que tenía cuando era un don nadie. Y lo haré porque así también se recordará mi

nobleza, mi gentileza al evocar en la fama lo que fui en la miseria”.

Llevado por estos pensamientos y otros parecidos, decidió entonces que se llamaría don Quijote, y que, por ser de La Mancha, su nombre entero sería don Quijote de La Mancha.

Listas sus armas, bautizado su caballo y también él mismo, se dio cuenta de que le faltaba otro ingrediente para ser un caballero: una dama de quien estar enamorado y a quien dedicarle todas sus futuras victorias. Fue así como recordó a una mujer que vivía cerca y de la que hacía tiempo se había enamorado, aunque ella nunca le prestó atención. Ella se llamaba Aldonza Lorenzo y era una mujer trabajadora y muy buena persona. A don Quijote ella le pareció perfecta para ser la “señora de sus pensamientos” y, entonces, decidió también buscarle un nombre que fuera tan bello como el suyo y el de su

caballo. Necesitaba uno que sonara como a nombre de princesa y gran señora. Luego de pensarlo por un momento, la llamó Dulcinea de El Toboso, porque, según sabía, ella había nacido en una región que se llamaba El Toboso.

En ese momento sonó el timbre avisando que era hora de ir a la siguiente clase. Ninguno de los niños se levantó del suelo y corrió hacia la puerta, como hacían siempre. Se quedaron ahí sentados hasta que la maestra Milagros les dijo:

–Niños, es hora de ir al salón de Matemáticas. No se les olvide organizar los pupitres antes de salir.

–¿Matemáticas? ¡Qué Matemáticas ni qué nada! –dijo molesta Antía–. Yo lo que quiero saber es qué le pasó a don Quijote.

–Mañana, mis niños, mañana –dijo la maestra Milagros mientras se levantaba del suelo.

CAPÍTULO 2

EN EL QUE SE CUENTA QUE A DON QUIJOTE LO
NOMBRARON CABALLERO EN UNA TIENDA DE PUEBLO Y,
ADEMÁS, SE NARRA QUE A LA MAESTRA MILAGROS LE
DIERON UN REGALO DIGNO DE UNA NOBLE DAMA

Al otro día, la maestra Milagros llegó a la puerta del salón de 3A antes de que sonara el primer timbre, pues quería organizar los pupitres. Le extrañó que nadie estuviera afuera esperándola. Ni siquiera Salvador estaba corriendo por el patio para quemar su energía infinita.

La sorpresa más grande vino cuando entró al salón. Todos los pupitres estaban organizados en un rincón y cada niño se había sentado en el piso con las piernas cruzadas.

–Tome, profe Milagros –dijo Carmen mostrándole un ramillete de flores de diente de león–. Las recogí cuando me bajé de la ruta porque ayer le dije a mi mamá que usted nos estaba contando la historia de don Quijote y ella me dijo que las damas de esa

época siempre llevaban flores en el pelo. Entonces le traje unas.

–Ay, gracias, Carmen –dijo la maestra Milagros y dejó las flores en su taza de café, que ya estaba vacía. Luego cogió una y se la puso en el pelo–. ¿Me queda bonita?

–Mucho, profe Milagros –dijo Salomé ansiosa–. Pero empecemos rápido que hoy no queremos que nos quede cortada la historia.

–Entonces arranquemos –dijo la maestra Milagros sentándose en el piso, poniendo el libro gordo sobre sus piernas y abriéndolo.



Una mañana, antes de que saliera el sol, don Quijote se puso como pudo su armadura remendada. Después subió sobre Rocinante, levantó la lanza y salió al campo muy contento porque empezaba a cumplir su deseo de ser el caballero más

grande de la historia. Pero apenas había pasado un rato cuando pensó en algo terrible: todavía no le habían dado el título de caballero y sin ese nombramiento sus hazañas no tendrían sentido.

Enloquecido como estaba, se le ocurrió que se haría nombrar caballero por la primera persona que se encontrara en el camino. Don Quijote había leído en sus libros que eso mismo habían hecho muchos otros caballeros famosos.



Para su fortuna, mientras cabalgaba pensando en estas cosas, llegó cerca de una tienda muy humilde. Esa simple tienda le pareció el más hermoso castillo por puro producto de su locura. Y más imponente le pareció cuando escuchó lo que para él fueron cantos de trompetas saludándolo. Estaba engañado, porque lo que pasaba en realidad era que en un corral cercano el cuidador de los marranos hacía sonar un

cuerno para avisar a sus animales que les había servido la comida.

Don Quijote entró orgulloso a la tienda y fue recibido con amabilidad por el tendero. Apenas saludó, don Quijote le pidió al hombre que le hiciera el honor de nombrarlo caballero. El tendero, dándose cuenta de que don Quijote estaba loco, decidió seguirle la corriente y le dijo:

–Buen hombre, bien puede usted convertirse en caballero acá en mi casa, pero primero coma algo, que el trabajo de caballero no puede hacerse bien con las tripas sonando.

Don Quijote aceptó el ofrecimiento del tendero, a quien él veía como un espléndido gobernante. Los dos se fueron hacia una mesa. Ahí sentado, don Quijote comió como pudo, pues no logró quitarse del todo su remendada armadura. Por eso, para tomarse la sopa, tuvo que usar un embudo

que amablemente le prestó la esposa del tendero.

Luego de comer, y ansioso como estaba por hacerse caballero, le pidió al tendero que lo acompañara afuera. Cuando salieron, don Quijote se puso de rodillas y dijo:

–Gentil hombre, que me ha recibido en su majestuoso palacio, no me levantaré del piso hasta que usted me otorgue el don de hacerme caballero.



El tendero, asustado por la locura de don Quijote, le respondió de inmediato:

–Señor mío, su deseo ya está cumplido y yo aquí mismo le doy permiso de que haga lo que necesite.

La alegría brilló en los ojos de don Quijote, quien se levantó del piso y casi estuvo a punto de abrazar al tendero. Pero se controló porque recordó los buenos modales que

debe tener siempre un caballero. Entonces dijo:

–Una vez recibido este honor, sólo me queda informarle que me pasaré la noche cuidando mis armas a la luz de la luna, para que así se llenen de fuerza y me sirvan bien a la hora de luchar contra dragones y bestias.

–Repito que puede hacer lo que usted quiera –dijo el tendero y se metió a la tienda a contarles a todos de las locuras que acababa de escuchar.

Mientras tanto, don Quijote puso su armadura, casco, espada y lanza junto a un pequeño pozo y empezó a caminar de un lado para otro. Con cada paso que daba imaginaba sus futuras aventuras y las noticias que le enviaría a su amada Dulcinea.

Cuando se hizo de noche llegó un arriero a sacar agua del pozo. Al hacerlo tumbó

las armas de don Quijote, no se sabe si con intención o por accidente. Este, enfurecido, se lanzó contra el arriero con el propósito de atravesarlo con su lanza. Entonces salió el tendero junto con su esposa, quienes habían escuchado el escándalo. El tendero alcanzó a controlar a don Quijote diciéndole:

–Noble señor, su tarea ya está cumplida y en menos de nada lo voy a nombrar lo que usted quiera. Hasta rey, si es lo que se le viene en gana.



El tendero le pidió a su esposa que corriera a traer el libro donde anotaban las cuentas de la tienda y lo cogió como si fuera una Biblia. Luego fue hacia don Quijote y le pidió que se pusiera de rodillas y empezó a murmurar, como si dijera palabras solemnes. Cuando terminó, miró a don Quijote y, dándole sobre los hombros un buen par de golpes, le dijo:

–Dios haga de usted un poderoso caballero y le dé fuerza en las batallas que deberá enfrentar.

Una vez hecha esta ceremonia, don Quijote se puso rápido su armadura y se acercó al tendero para darle mil agradecimientos. El tendero, aturdido por el aguacero de palabras que recibía, y que apenas entendía, sólo logró decir:

–Noble caballero de la triste figura, lo único que me queda es pedirle que tenga la amabilidad de pagarme la cuenta, que fue bastante lo que comió esta noche.

Don Quijote quedó desconcertado, pues de su casa no había sacado ni una moneda. Entonces se disculpó con el tendero y le pidió que no le cobrara, prometiéndole que lo nombraría en sus memorias de caballero andante. El tendero, ya cansado de tanta locura y para sacarse a don Quijote de encima, le dijo:

–Váyase usted tranquilo, caballero.
Pero, eso sí, antes de seguir su camino le
recomiendo que cargue dinero y se busque
a un buen escudero que lo ayude a salir de
los líos en que se mete.

Luego el tendero entró a la tienda con su
esposa y el arriero a reírse de los disparates
de don Quijote.

Siguiendo el consejo del tendero, don
Quijote cabalgó toda la noche de regreso
a su casa. Rocinante iba muy contento
porque reconocía el camino. Tan feliz
estaba que, por momentos, sentía que iba
volando. Por la mañana llegó don Quijote
a la que había sido su casa y lo primero que
hizo fue ir a donde un campesino vecino
suyo que se llamaba Sancho y se apellidaba
Panza.

Todos los que lo conocían decían que era
un buen hombre, pero que tenía poca
sal en la mollera, es decir, que era medio

ingenuo y medio crédulo. Don Quijote le dijo muchas cosas para persuadirlo de que lo acompañara en sus aventuras. Pero la que terminó por convencerlo fue la promesa de que, si lo acompañaba, lo iba a nombrar gobernador de una ínsula.

Con una oferta tan provocativa, Sancho aceptó dejar a su mujer y a su hija, y ser escudero de su vecino. Para sus adentros calculó que, si don Quijote le cumplía al menos una parte de lo que le prometía, estaría de regreso con dinero suficiente para darle una mejor vida a su familia. Así los dos, caballero y escudero, se fueron sin despedirse de nadie y cabalgaron hasta que estuvieron seguros de que no se encontrarían con ningún conocido.

La maestra Milagros dejó de hablar y miró a su alrededor. Todos en el salón estaban como hechizados por el poder de las palabras: Antía miraba por la ventana las nubes, Carmen tenía los

ojos cerrados y jugaba con sus crespos, Emilio se había quitado las gafas y sonreía.

Entonces, la maestra Milagros dijo con voz dulce:

–Mis niños, hasta aquí llegan las aventuras de don Quijote por hoy.

–Ay, no –reclamó Salvador, levantándose del piso con un salto–. Yo ya quería escuchar las batallas con los dragones.

–Mañana sabremos qué pasa, paciencia –dijo la maestra Milagros–. Por ahora les pido que en sus casas hagan un dibujo de cómo se imaginan a don Quijote y a Sancho, porque mañana les mostraré cómo se los imaginaron diferentes artistas.

En ese momento sonó el timbre y la maestra Milagros se levantó. Cogió su pocillo de café lleno de flores y abrazó su libro grandote. Antes de salir volteó a mirar a los niños y les sonrió.

